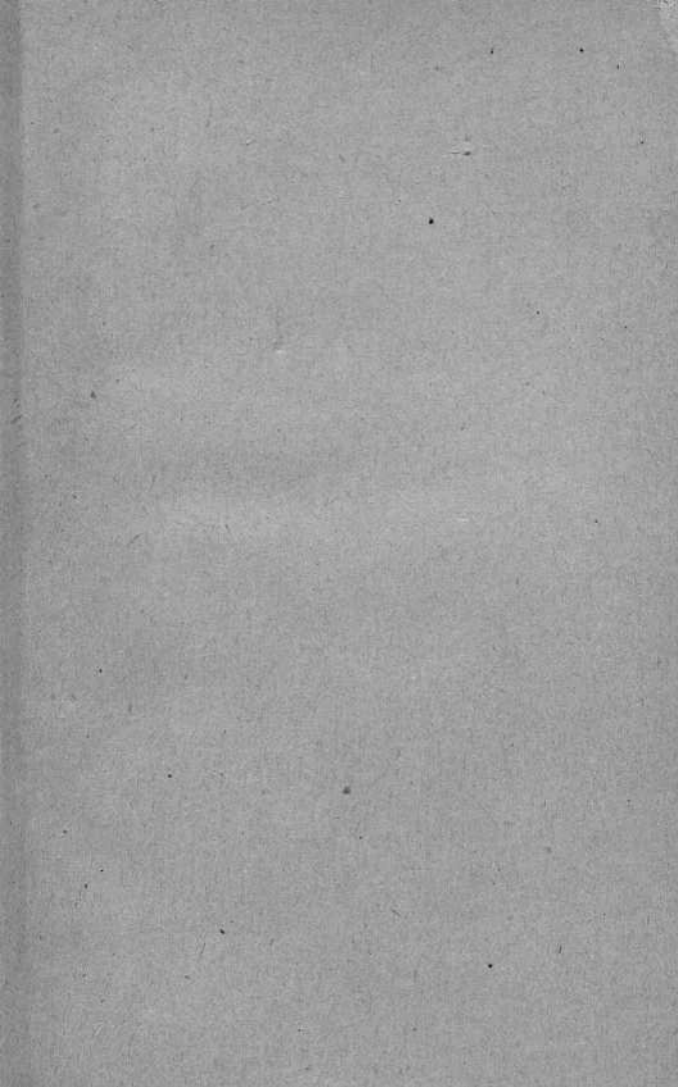


3.

FLOR DE CUERNOS







Had

COLLÉ IZQUIERDO

FLOR DE CUERNOS

(ANTOLOGÍA TAURINA)



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GÓMEZ

Calle de la Cabeza, núm. 36

1897

FLOR DE CUERNOS

FOR DE CURSOS

FLOR DE CUERNOS

(ANTOLOGÍA TAURINA)

COLECCIÓN DE BIOGRAFÍAS DE TOREROS
CÉLEBRES, HISTORIETAS, ANALES,
NARRACIONES, RECORTES TAUROMÁQUICOS,
DIATRIVAS DE EXTRANJEROS,
REFUTACIONES DE ESPAÑOLES, DECADENCIA
DEL ARTE, PROGRESOS FUTUROS, ETC.

POR

LUIS COLL Y MANZANO

Y

MANUEL IZQUIERDO Y SANZ

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GÓMEZ

1897

+

FLOR DE CUERNOS

(ANTOLOGÍA TAURINA)

COLECCIÓN DE LAS OBRAS DE TORRONS
CÓMICS, DISTORTIÓNS, ANALIS,
NARRACIONES, REPORTES TAURINOLÓGICS,
DIATRIBAS DE EXTRAÑEROS,
RECREACIONES DE ESPAÑOLS, ORCADENDIA
DEL ARTE, PROGRAMAS FUTUROS, ETC.

POR

DAIS COLL Y MANZANO

MANUEL ISQUIERDO Y SANS

MADRID

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE GOMIS

1923

ANTOLOGÍA TAURINA

Salga bien, ó salga mal,
que nada raro sería,
voy á hacer la apología
de la FIESTA NACIONAL.

Mucho el asunto se presta,
puesto que hay quien la maldice
y profetiza, predice
la conclusión de esa fiesta.

De esos profetas garridos
puede decirse muy bien:
tienen ojos, y no ven;
no oyen, y tienen oídos.

Del uno al otro confín
tiende á ser universal
la fiesta que hizo inmortal
la musa de Moratín.

Portugal culto la rinde
y tal vez más culto que otros;
no la tiene cual nosotros,
pues de una suerte prescinde.

Estrechando la distancia
que estorbaba nuestra *unión*,
la acoge con fruición
la República de Francia
y aclimatada resulta,
pues no significa nada
la detención de un espada,
la imposición de una multa.

México, por su afición
á la taurómaca lid,
es émulo de Madrid
y hasta de nuestra nación.

Que en ese país «de loros»
saben aquellos señores
fusilar emperadores
lo mismo que matar toros.

En fin: la fiesta taurina
va aumentando en aficiones
en todas esas naciones
de la América latina.

Y la que era NACIONAL
en otro tiempo, en antaño,
pronto, si yo no me engaño,

será fiesta *universal*.

Ládrénla los caballeros
que la quisieren ladrar;
pero al fin han de triunfar
los toros y los toreros.

Prosigan sus detractores
sus sermones, sus lamentos;
son necios los argumentos
que emplean esos señores.

El llamado «humanitario»
con voz que el oír da pena,
nuestro toreo condena
por fiero, por sanguinario.

Mas confesará cualquiera
aunque sea el más ladino,
que es el triunfo en lo taurino,
del hombre sobre la fiera.

Y es también, por consecuencia,
la demostración mejor
de lo que puede el valor
y puede la inteligencia.

Y sin lecciones prolijas
que deben quedar aparte,
que es un Arte, y como arte,
sujeto está á reglas fijas.

Deducir es necesario
que en la FIESTA NACIONAL

la cogida es lo eventual;
pero el triunfo, lo ordinario.

Llevamos, pues, la contraria
á los que argumentan mal...

¡No! LA FIESTA NACIONAL
no es la fiesta sanguinaria.

Pues con lógica más dura,
dicen otros adversarios:

—los toros son necesarios—
para nuestra agricultura.

¡Que en vano el tiempo se pierde!
Los que estas «razones» dan
¿se creerán que se van
á quedar sin comer verde?

Otros también se dan traza
para conseguir sus fines
de los tísicos rocines
que sucumben en la Plaza.

Y es que los prefieren ver
hambrientos y fustigados
morir ¡pobres! reventados
en los coches de alquiler.

Pero ¿por qué proseguir?
Aunque los pongan á miles,
argumentos tan pueriles
no se pueden referir.

Con más realismo que Zola

podiera afirmar cualquiera
el que fué sangre torera
siempre la sangre española.

¡Notable coincidencia!

La Plaza taurina está
sólo un poco más allá
de otra... de la Independencia.

Y asevero muy formal,
aunque parezca hiperbólico,
que esto es como simbólico
de la FIESTA NACIONAL.

Y así aseverarlo puedo
desde que era este dichoso
«Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo.»

Desde tiempo de los moros,
ya Moratín lo afirmó:
en *Magerit* se lidió
y se alancearon toros.

Y á gloria tiene Madrid
que «arde en fiestas en su coso»
que aquí lidiase un famoso
caballero: todo un Cid.

Es más; esa profesión
han ennoblecido en parte
aristócratas que el Arte
ejercen por afición.

Y ha habido así caballeros:
duques, siendo picadores;
condes, siendo matadores,
y marqueses, puntilleros.

Diversas clases sociales
organizando corridas,
no han dejado desmentidas
las tendencias *nacionales*.

Taurófilos verdaderos,
se dan corridas á miles
por los de ferro-carriles,
item, por los zapateros;

y españolas verdaderas,
siempre bravas y aguerridas,
son célebres las corridas
que *nos* dan las cigarreras.

Los españoles son fieros
desde su temprana edad;
y así no asombra, en verdad,
el que haya niños toreros.

Las aficiones precitas
son aquí tan duraderas,
que hay señoritas toreras
y toreras señoritas.

Y es muy posible que antes
de inmutarse tales leyes,
haya corridas de reyes,

ó, cuando menos, de infantes.

Al que se crea imparcial,
lo que quiera se le apuesta,
que es *nacional* esta fiesta;
que esta fiesta es nacional.

Biografías notables,
episodios, descripciones,
novelitas, narraciones
y sucesos memorables

esta obrita compondrán
como más fieles trasuntos
de los taurinos asuntos...
y asuntos no faltarán.

A decir verdad, no sé
si es fácil lo consigamos...

• Pero, señores, quedamos
en que la apuesta está en pié. •

FRANCISCO ROMERO

«En Ronda, que es tierra honda»,
nació FRANCISCO ROMERO,
primer lidiador de á pié
que existió hasta aquellos tiempos.
Historiógrafos taurómacos
dicen que fué carpintero,
y que, desde jovencillo,
se dedicaba al sorteo
de las reses, con arrojo
y con singular denuedo.
Esos mismos historiógrafos
dicen que los caballeros
maestranes de la de Ronda
muy pronto le protegieron,
y que adquirían novillos
que toreaba contento,
adquiriendo con su práctica

adelantos y progresos
y haciendo una profesión
de lo que fué un pasatiempo.
Inventando nuevas suertes,
y con suerte en sus inventos,
fué notable y fué famoso
como merecía serlo.

Y conviene hacer constar
que «lo mejor de lo nuevo»,
fué la suerte de matar
cara á cara, por supuesto,
«con la ayuda del estoque»
y muleta de trasteo.

El peligro de esta suerte
era muy grande, era inmenso,
y ROMERO lo venció
con recursos verdaderos,
que constituyeron reglas;
y estas reglas, el toreo.

Los maestrantes de Ronda
prepararon al efecto
una corrida de toros
para que matase el diestro.

Presentóse éste en el circo
con un vestido *ad hoc* hecho:
calzón y colete de ante,
un correón nada estrecho

y mangas acuchilladas
del más rico terciopelo.
No bien fué visto del público,
de aplausos hubo un estruendo.
No es fácil dar pormenores,
pues no había revisteros
taurinos, como hay ahora,
ni diarios, ni folletos.
Mas cuenta la tradición
que fué colosal su éxito
y aplaudido y admirado
por los absortos *rondeños*,
ROMERO perfeccionó
hasta lo sumo el toreo,
y siguió su profesión
hasta llegar á ser viejo.
Parece que un sevillano,
Manuel Bellón, fué su émulo,
y estoqueó en Algeciras
y en otros puntos diversos.
Cuéntase que adquirió en Africa
su práctica en el capeo;
pero se ignoran detalles,
y escribirlos no podemos.
Han formado toda una
dinastía los ROMERO
y hubo ROMERO II.

y hubo ROMERO III,
pues hubo Juan y Francisco,
ambos famosos toreros.
Como su padre, también
JUAN ROMERO fué *rondeño*.
A él se debe haber creado,
para mayor lucimiento
de la fiesta, las cuadrillas
dichas de banderilleros
y también de picadores
que se llamaban «piqueros».
Tanto progreso en el arte,
amén del carácter nuestro,
hicieron se propagasen
las corridas por extremo.
Muy pronto las poblaciones
más grandes, plazas tuvieron,
donde jugar estas fiestas,
siendo Madrid el primero
que se esforzó en realizarlas
y que llamó á JUAN ROMERO
y le escrituró, obligándole
á matar, un año entero.
Tantos como las corridas
sus ruidosos triunfos fueron,
y toreó varios años,
dejando buenos recuerdos.

No estando ya reservado,
como antes, á un sujeto
el dedicarse á matar,
pronto apareció en el ruedo
uno más: Joaquín Rodríguez,
regenerando el toreo;
fué el famoso *Costillares*,
del que en su día hablaremos.
Renunciamos asimismo
á escribir aquí de PEDRO,
porque «es muy larga» su historia,
y larga la contaremos.
Entretanto terminamos
aquí con Paco I,
á quien bien puede llamarse
el padre del... ¡no! el abuelo
del taurino Arte español.
Al terminar, deploramos
no poder biografiarte
cual merecieras, haciendo
de nuestro escrito, una estatua;
de este libro, un monumento.

¡QUE UN TORO TE MATE!

I

La acción, el año mil ochocientos treinta y tantos.

Los personajes, una manola, con la agravante de cigarrera; un chispero, con la más agravante de torero; una gitana, y alguno otro epistólico.

El lugar, la villa y corte de Madrid, sus barrios bajos y su Plaza vieja.

II

Paquita era una celebridad del Avapiés y una de las muchas bellezas de la Fábrica.

Había cumplido los veinte años, y tenía toda la frescura y lozanía de la fresca y lozana juventud.

Era el tipo perfecto de la madrileña del suburbio; y con el pañuelo terciado, ó con la clásica mantilla, con la airosa falda de la época y

con el zapato de galgas, dejando ver la media de albísima blancura y una garganta de pié y un arranque de pantorrilla que pondría en peligro la virtud del más virtuoso anacoreta, había encendido más de cuatro volcanes amorosos, que pronto apagó con su indiferencia ó su desprecio.

No pocos «lechuguinos»—palabra de la época—y no pocos «viejos verdes» habían intentado, con promesas y con dádivas, asaltar la fortaleza; pero en vano.

Las promesas fueron desoídas; las dádivas, devueltas.

La fortaleza era, al parecer, inexpugnable.

III

Pero, si lo son para el oro, ¿lo son para el amor?...

Hay expertos, ya que no doctos autores, que responden negativamente.

Hay «misterios del corazón» que son incomprendibles... ¡Como que son «misterios»!

Paquita había despreciado á muchos ricos, jóvenes y viejos; pero... la fortaleza tenía un punto débil y un enemigo poderoso.

IV

Paquita era española, y española madrileña, y madrileña cigarrera...

Ergo... era aficionada á los toros, á la fiesta nacional.

Los lunes no había Fábrika, pero sí había toros.

Y por partida doble.

Media corrida por la mañana, y otra media por la tarde.

Nuestros abuelos no hacían las cosas á medias... excepto las corridas.

Por eso, aún hoy nuestras corridas se anuncian como «medias».

Y á veces no son ni calcetines.

Quedamos, pues, en que Paquita era tan notable por su belleza como por su *afición*.

V

Había por entonces en la cuadrilla de un matador de fama, un banderillero muy aplaudido.

Era el verdadero tipo del manolo, y no sabemos, ni robaríamos espacio al lector diciéndoselo, si era rubio ó moreno, grueso ó delgado, etc., etc., etc.

Basta decir que era todo un manolo, un antiguo chispero, como Paquita una manola... que le hacía á cualquiera «echar chispas».

El tal torero podía ser el enemigo capaz de asaltar la fortaleza, pero en buena lid, pues Pa-

quita no le miraba «con malos ojos»... Verdad es que á nadie podía mirar sino con los muy buenos que tenía.

Esquiva y desdeñosa en un principio, un tanto afectuosa después y cariñosa posteriormente, Paquita «dió oídos» á las apasionadas palabras del torero; y, según nuestra gráfica frase, «tuvieron relaciones».

Honestas.

VI

Pero es difícil, cuando en el amor domina la intensidad, conservar la honestidad.

Suspiros, miradas, palabras á medias y áun frases apasionadas; estos son los escalones de la escurridiza escalera, y esto sucedió con nuestros protagonistas.

Paquita, sin embargo, un día «se cuadró» y le dijo:

—Es inútil cuanto hagas, mientras no empeñes palabra formal de matrimonio.

—Pero, ¿tú me quieres?...

—Sí... Y á nadie se lo he dicho.

—No me lo demuestras.

—Mientras te veo poner banderillas en la Plaza, padezco; y quien padece es porque quiere.

Excusemos comentarios.

La fortaleza no era inexpugnable.

VII

Y es tanto así, que la pasión llegó al paroxismo.

El torero se *multiplicaba*, cuando veía á Paquita, á acudir á la lidia; pero se entusiasmaba más teniéndola á su lado.

¿Para qué comentarios?

Sucedió lo que debía suceder.

Paquita se entregó al torero.

VIII

Pero le dijo:

—Te quiero... te adoro... me fascinas; pero, ¡permítame la Virgen Dolorosa que si me engañas tú, QUE UN TORO TE MATE!

IX

Era una triste mañana, oscura y lluviosa, en que hasta el cielo parecía augurar alguna suerte infausta.

Se lidiaba la primera media corrida.

Y, los que recuerden la instalación de la antigua Plaza, saben bien que estaba separada del corral, donde se hacían las tientas de caballos y donde los toreros tenían su capilla.

El trayecto del corral á la Plaza era sitio de desocupados, vagabundos y otras cosas. Era el trayecto obligado de las cuadrillas que habían

de lidiar, y unos por verlas y otros por ver los arrastrados, constituían lo que desde antiguo se llamó «el tendido de los sastres». Otros le llamaban el tendido 16, por la sencilla razón de que los de la Plaza no alcanzaban más que al 15.

En ese tendido de los sastres, cuando las cuadrillas pasaban á la puerta del arrastradero, y cuando los toreros se erguían con su varonil apostura, una mujer se interpuso, y gritó:

—¡QUE UN TORO TE MATE!

X

Palideció el lidiador,
se entró en el arrastradero,
esperando que el clarín
le hiciese salir al *ruedo*,
y tras lances y relances
que describir no podemos,
en un par de banderillas
tuvo una *colada*, un *cuero*,
que al público hizo exclamar:
¡pobre! ¡que le valga el cielo!

XI

No había en aquel tiempo el rigorismo que hoy para visitar la enfermería.

Paquita, valiéndose de ignorados medios, se encontró allí. ¶

Un médico fué el introductor.

Y, á apremiantísimas preguntas, respondió:
—Está en gravísimo peligro.

XII

¡Misterios!... ¡Siempre misterios en las más cordiales afecciones!

Todos los días, Paquita averiguaba por vecinos, por amigos, por cuantos podían informarla, el estado del herido.

Había una lucha horrible en su corazón; el amor cariñoso y el amor ultrajado.

El torero le había olvidado por otra.

¡Son tan seductores los toreros!

Pero un día supo que había aumentado su gravedad, y, luchando con las más contrarias afecciones, cayó de rodillas ante la Virgen Dolorosa, y exclamó:

XIII

—¡Virgen mía! Yo he sido criminal. Los cristianos no pueden maldecir... y yo he fulminado contra mi amante una terrible maldición. Mi crimen es mayor, por haberte puesto como intermediaria de maldición tan nefanda. Me ha olvidado... Me ha abandonado... Me ha dejado en la más crítica y en la más terrible situación... Pero ¡no importa!... Yo fui la criminal en acceder á sus deseos... No es nuevo que el

olvido siga á la seducción... Pues bien: olvida mi maldición; perdona mi juramento. Y si un día pude exclamar: ¡QUE UN TORO TE MATE!, hoy sólo puedo pedirte que no muera... ¡Que no muera!... Te lo pido por los dolores que pasaste cuando la muerte de tu Hijo, porque... ¡al fin es el padre del que se agita en mis entrañas!

XIV

La manola formó el propósito de ver al torero, aunque no sin muchas vacilaciones.

Sabía que diferentes veces había preguntado por ella, y hasta pronunciado su nombre en el delirio.

Pero creyó necesario *consultar*.

La *consulta* era muy del gusto de la época.

Era *consultar* á una gitana.

Y sabido es que eso era de la época; bueno es recordar que en otras, que se envanecen de más cultas, á las gitanas han sucedido las sonámbulas, las hipnotizadas, y ¡Dios sabe cuántas más!

La superstición es compañera inseparable del hombre... y más de la mujer... y más de la mujer enamorada.

Y es digno de notarse que la superstición impera en las épocas reputadas como de más religiosas.

Paquita fué á buscar á la gitana,

XV

—Ya sé lo que te pasa... Tienes una *grandísima* pena y una mortal vacilación.

No era muy difícil *adivinar* de este modo.

Las relaciones de Paquita con el torero eran muy sabidas, como también su abandono y su estado.

En resumen: la gitana la dijo que el torero no la olvidaba; insistió en que debía verle á todo trance, y con el aire misterioso, propio de su honorable clase, añadió:

—Dame otros dos napoleones, y yo te haré una gran revelación.

—Pero, ¿favorable á mí?...

—¡Hasta más no poder!

Paquita, sin vacilar, la dió los treinta y ocho reales.

—Pues has de saberte —continuó la gitana, guardándolos;—has de saberte que tu novio está en gravísimo peligro...

—Y ¿era esa la noticia?...

—...Que los médicos desconfían de poderle salvar...

—Eso lo sabe todo el mundo.

—...Pero yo te juro que se equivocan, y que pronto has de verle bueno y sano.

Paquita lo creyó... La noticia más creible es la que más halaga.

—Y ahora—prosiguió la gitana—escúchame. Si me añides otros dos *colunarios*, que no siempre han de ser napoleones, te adivinaré otra cosa mucho «más mayor».

Paquita la dió sin vacilar «dos duros de á veinte». Fernando VII iba detrás de Napoleón I.

—Pues bien, hija mía. No sólo curará tu novio, sino que también...

—¡Acabe usted!

—Tu hijo tendrá padre, y tú tendrás esposo... El torero se casará contigo.

XVI

La crédula Paquita no vaciló ya. La predicción de la gitana era toda una *buena-ventura*.

Fué á casa del torero.

La conferencia con su madre fué afectuosa, tierna, conmovedora.

Sólo ciertas mujeres pueden no compadecer á otra mujer seducida y abandonada.

Y después de una escena por demás interesante, la madre dijo llorando:

—Juntas le cuidaremos y rogaremos por su salvación... Y si la conseguimos, yo te juro que he de hacer cuanto pueda para que os caséis.

Y, si no os casáseis, ó si mi hijo muriese, no abandones el tuyo, que lo recogeré yo... ¡Tu hijo tendrá dos madres!

Paquita cayó en brazos de la del torero.

XVII

Procuraremos abreviar.

Las dos madres rivalizaron en prodigar cuidados al herido.

Cuando lo permitió su estado, su madre fué lenta y gradualmente informándole de los actos de Paquita, y de los propósitos que tenían para el porvenir.

El torero preguntó un día á su médico:

—Diga usted, doctor: ¿no hay un modo de casarse, pero —se entiende— por la Iglesia, cuando está uno muriéndose?...

—Sí, le hay—le respondió el doctor—pero tú no estás en ese caso. Es lo que se llama *in articulo mortis*..

—Yo no entiendo esos *laitines*... Pero que venga un cura, si no estoy fuera de peligro, y mi hijo tendrá nombre, y mi novia será mi viuda.

—Yo te juro que estás fuera de peligro.

—Y yo juro que el primer día que salga á la calle, será el día de mi boda.

XVIII

Y, para abreviar, así se hizo.

Cuando la boda, en cuya comitiva figuraban los más célebres entre la gente de coleta; cuando la boda salía de la iglesia, una gitana se adelantó á los novios, diciendo:

—¡Que seáis muy felices, hijos míos! Ya sabes tú, Paquita, que yo te anuncié tu casamiento, y creo que *merezgo* alguna cosita...

Paquita enteró en dos palabras á su esposo de la predicción de la gitana, y el torero la dió una onza.

Entretanto Paquita daba gracias á la Virgen Dolorosa por la salvación de su marido.

Esto retrata aquella época.

La superstición, unida á la religión.

La intervención de la Virgen, á la predicción de una gitana.

JOAQUÍN RODRÍGUEZ (COSTILLARES)

Célebre torero fué;
y aún más lo hubiera sido,
á no emularle en sus triunfos
P. Romero y P. P.-Hillo.
Esos triunfos fueron pronto
relegados al olvido;
que *sic fransit gloria mundi*,
como dijo... el que lo dijo,
y en el toreo es muy cierto
ese vetusto *aforismo*.
Regenerando el toreo,
inventó mil *artificios*
para la lid de ventaja,
para evitar los peligros.
Progresos con la muleta
muchos y muy grandes hizo
en trastear «arreglar»

y «poner en suerte» el *bicho*.
Sabemos que *in illo tempore*
no se había conocido
más modo de matar toros,
¡como hoy! que *recibirlos*;
y si alguno «se aplomaba»,
no un torero, otro individuo,
con el llamado *punzón*
le mataba... ¡medio indigno!...
El *punzón* era una lanza
muy larga... así lo he leído.
Para evitar esa *suerte*,
él inventó, es muy sabido,
la suerte del *volapié*;
consignarlo, no; esculpirlo
se debe, por reportar
en la lid mil beneficios.
Item, no picaban toros,
como se hacía en lo antiguo,
señores de la nobleza,
como otro día dijimos.
Vinieron hombres forzudos
muy pronto á sustituirlos,
llamados varilargueros
por la gente del oficio;
y Joaquín con Juan Romero
les «socorrían» solícitos

haciéndoles *grandes quites*
arriesgados y lucidos.
Terminaremos por donde
debería ser principio,
diciendo que COSTILLARES
(Joaquín) había nacido
en uno de los primeros
años del pasado siglo,
en la risueña Sevilla,
en un pobre caserío,
que en un Santo, en San Bernardo,
vemos ahora convertido.
De uno de los operarios
del matadero, fué hijo,
y á reses «que daban juego»
toreaba en aquel sitio.
Estudió así COSTILLARES,
siendo todavía un chico,
en el ganado vacuno
las propiedades é instintos,
de lo que sacó después
frutos grandes, positivos.
Y muy pronto del toreo
hizo Rodríguez su oficio,
figurando como espada
y *maestro* de otros *chicos*.
En otras biografías,

al que ahora biografío
he de «enlazar»; y por esto,
otros detalles omito.
Diré sólo que en la mano
le salió un tumor maligno,
y dejó la profesión,
aun cuando triste, tranquilo,
porque Romero III
y José Delgado *Hillo*,
continuarían su obra
taurina con arte y brío.

EN LA CAPILLA

Ningún torero se humilla
ni ante el hombre, ni ante el toro,
ni ante la plata ni el oro;
pero lo hace EN LA CAPILLA.

Y es que, ante su incierta suerte,
reza, y es de corazón...

¡No hay hombre sin devoción
en las puertas de la muertel

Si EN LA CAPILLA los veo,
y cualquiera puede entrar,
me dan ganas de llorar;
que EN LA CAPILLA los creo.

Y siempre, con la *afición*,
¡á morir los caballeros!
siempre mezclan los toreros
á la lid, la devoción,

¿Es temor?... No les mancilla.
La suerte es buena ó es mala...
y suele ser la antesala
de la muerte, la capilla.

Una Virgen se venera
desde muy remota edad;
es la de la Soledad,
que es la Virgen más *torera*...

La veréis EN LA CAPILLA
y en casa de los *maestros*,
mejor, de todos los *diestros*,
con su adjunta lamparilla.

No dudando de sus dones,
porque á todos sabe oír,
suele á un tiempo percibir
dos fervientes oraciones.

Y siempre, á la misma hora,
el torero reza y siente;
y en la casa, piamente
una mujer reza y llora.

¡Virgen mil veces bendita;
Virgen que, por sus amores,
protege á los lidiadores
y sus peligros evita!...

Poco en los templos *tropiezo*;
pero, si entro EN LA CAPILLA,
doblo humilde la rodilla

y por los toreros rezo.

* * *

En Sevilla, y en Madrid,
y en mil sitios que no nombro.
me ha causado gran asombro
ver los que han de ir á la lid;
los que peligros arrostran,
la noche antes «se divierten»
y á la tarde «se convierten»
y ante esa Virgen se postran.

Y, áun no siendo necesaria
para ellos mi devoción,
siempre elevo mi oración,
siempre elevo mi plegaria.

* * *

¡Oh, Virgen, cuya bondad
tantos peligros evita!

¡Virgen mil veces bendita!

¡Virgen de la Soledad!

Pues te adoramos sinceros,
prosternados te rogamos

y, creyentes, esperamos

¡protejas á los toreros!

ARISTÓCRATAS TAURINOS

Este epigrafe no se refiere á los diestros que han conquistado la hegemonía en la tauromaquia. Son, en cierto modo, unos verdaderos aristócratas entre la esforzada gente de coleta; pero, como en el *ruedo* hay una doble democracia, que es la del peligro á la par que del valor, á veces los toreros más *demócratas* superan á los aristócratas en un momento peligroso. ¡Cuántas veces un capote echado á tiempo, por el último de los peones, ha salvado, en el ajedrez taurófilo, á alguno de los reyes! Verdad es que en este, como en todo aje-

dre, el rey anda sólo un lugar, y el peón se mueve en todas direcciones.

No nos referimos, pues, á esta clase de aristócratas.

Nos referimos á los que realmente lo son, que, por lo general, á su sangre azul suelen mezclar sangre torera.

Claro es que no han de convertirse todos en afamados lidiadores; pero una sencilla observación confirma nuestra tesis.

Como espectadores, lo dice siempre el número de ilustres abonados. Lo dice más aún la asidua concurrencia de altas señoras que quizá, en una tarde de corrida, han trocado el sombrero palaciego por la mantilla clásica. Sin olvidar no pertenecen á esa raza extranjera de sensiblería y que no se desmayan por presenciar escenas de sangre, que son siempre escenas de valor.

Como lidiadores, han demostrado muchos de ellos que los aristócratas de hoy no desmerecen de aquel aristócrata famoso de la guerra que alanceaba toros y se llamaba Cid.

Como ganaderos, los hay de páginas ilustres en la historia de la tauromaquia, que conservan ganaderías con blasones de pujanza, como sus dueños sus blasones heráldicos.

Resulta, pues, que en todo, por todo y ante todo, nuestra aristocracia, con limitadas excepciones, es en realidad una **ARISTOCRACIA TAURINA**.

Y puede advertirse hasta en el más pequeño detalle:

Mucho lujo, mucho boato se despliega y advierte en esa diversión hexótica, y como planta exótica, difícil de aclimatar en esta tierra, que se llama carreras de caballos; pero, amén del lujo y del boato, se advierte en las corridas de toros un entusiasmo que nunca ha habido allí.

Para nosotros es axiomático.

Los toros pueden más que los caballos.

La Plaza puede mucho más que el Hipódromo.

Y decimos, como Victor Hugo, esto vencerá á aquello.

En los lujosos *desfiles* de las carreras de

caballos, vemos toda la elegancia, todo el esplendor de una aristocracia que dominó á las que hoy imitan.

En los *desfiles* de nuestras clásicas corridas, amén de esa elegancia y esplendor, una aristocracia que conserva la tradición de nuestro valor y el valor de nuestras tradiciones.

No son ahora frecuentes aquellas becerradas en que egregios duques, ilustres marqueses, distinguidos condes se lanzaban al redondel, como sabían lanzarse al campo de combate contra los enemigos de la patria. Damas aristocráticas solían presidirles; y había título que, sobrándole millones, exponía su vida, no como el torero, por el precio del contrato, sino por una flor que había estado en los cabellos ó en el seno de alguna de esas damas.

Y quizá hemos exagerado; muchas veces no era siquiera por una flor, sino por una mirada cariñosa.

Entre los recuerdos taurinos que á nuestra memoria asaltan, hay uno que bastaría para demostrar que la aristocra-

cia taurófila ha sobrado para formar la
ARISTOCRACIA TAURINA.

Porque recordamos una becerrada á puertas cerradas en la Plaza antigua de Madrid. Todos los lidiadores eran aristócratas de la sangre y el dinero. Un joven, un chicuelo, no muy bien trazado, pero en quien se adivinaba, no sabemos si el instinto del Arte ó el arte del instinto, pidió permiso para dar el salto de la garrocha. Fuéle concedido, y le dió con la mayor limpieza y con insuperable maestría. Le dió en la Plaza y le habría ensayado tal vez en las plazuelas. Aplausos unánimes resonaron en la Plaza. Pero en vez de arrojarle, como á los diestros se acostumbra, tabacos y regalos de buena sociedad, tal vez junto á su valor vieron el deterioro de su ropa, el mal estado de sus pantalones y otros detalles de su indumentaria, y le arrojaron con preferencia muchos napoleones, que era la moneda más corriente de la época, y le sirvió de estímulo para lanzarse á una profesión en que ganó después muchos miles de aplau-

—sos y muchos miles de duros. La aristocracia de la sangre — y esto confirma nuestra tesis — engendró aquella tarde un aristócrata taurino.

No es mucho de admirar que diferentes gremios organicen hoy corridas como las organizó ayer el gremio aristocrático. Cuando los duques y los condes lidian, ¿por qué no han de lidiar los zapateros?

Resultará, no creemos equivocarnos, una que pudiéramos llamar noble emulación.

Volverán las corridas de aristócratas, y algunos correrán por no verse corridos. Los que descienden de los que conquistaron sus títulos en sangrientas lides, volverán á la española lid. Por más que en esto no hay clases sociales en la patria de los toros. Aquí lo mismo los que manejan la espada en los campos de batalla, que los que manejan la lezna en el fondo del taller, que los que manejan la pluma para escribir revistas, todos somos toreros. Unos torear, cuando encuentran á quién; otros pican, donde es posible poner puya;

otros banderillean, aunque á veces se equivocan y ponen las banderillas á un amigo; otros manejan la muleta, si no la de toreros, la de inválidos, y otros son puntilleros, como lo seremos nosotros para aquellos que, olvidando antecedentes ilustres, vacilen en pisar el *ruedo*, muy superior á sus alfombras, porque el *ruedo* es la alfombra nacional.

Tenemos entendido, y deseamos que la noticia se confirme, que esa alta clase social va á dejar de asistir á la pueril fiesta de tientas y cerrado; y que muy pronto van á organizarse becerradas donde demuestren que no sólo saben *ver*, sino *hacer*. Para entonces reservamos la continuación y término de este pequeño artículo.

Entretanto, abrigamos la firme convicción de que en nuestra aristocracia hay quien capea, hay quien pica, hay quien banderillea y hasta hay quien mata.

Lo que significa que nadie puede matar á la **ARISTOCRACIA TAURINA**.

UN QUITE PRÓVIDENCIAL

—Pues que te vas á la Plaza
 y has dado un beso á tus niños;
 Dios te dará la fortuna
 que merecá tu cariño.
 Los pobrecitos están
 todavía muy dormidos,
 sin conocer que su padre
 va á lidiar con gran peligro.
 Aunque sea una ilusión,
 yo quiero vayás vestido
 por las manos que te abrazan,
 áun cuando tú estés dormido.
 Tienes la ropa interior:

camiseta, calzoncillos,
 sobre todo el sudador
 que no tuvo *Pepe-Hillo*.
 Déjame vestirme bien;
 ni te aflijas, ni me aflijo;
 mira nuestra santa Virgen
 que hace milagros, prodigios,
 y que te ha de proteger
 y proteger á tus hijos.
 ¿Quieres tú que los llamemos?
 Venid, papá os llama, niños.

* * *

— ¡Papá! ¡Papá! Dame un beso.
 ¡Y qué bien estás vestido!
 Danos un beso, papá,
 danos un beso, querido;
 porque el alma de los viejos
 suele siempre ser los niños.
 Y recemos si tú quieres
 ó bien á ese crucifijo,
 ó bien á esa Soledad
 que adoraste desde niño
 porque tú tengas la suerte
 con que tú suerte nos hizo.

* * *

Y postrados de rodillas
ante la Virgen y el Cristo,
el torero se callaba,
pero lloraban los niños,
y con la voz elocuente
del amor y del cariño,
decían:—¡Dios poderoso,
que dispones los destinos
de los cielos, de la tierra,
suplicándote pedimos
que evites á nuestro padre
áun la sombra del peligro!

*
**

Llegó un coche, y envolviéndose
en el capote taurino,
le dió un abrazo á su esposa,
y les dijo:—¡Adiós, chiquillos!
Y mientras ella lloraba,
se arrodillaban los niños.

*
**

Gallardos van á la Plaza,
mas todos van compungidos,
y penetró en la capilla
para rezar por sus hijos.

¿Y quién sabe? ¿Quién no ignora
su adverso ó feliz destino?
Nadie puede prevenir
los venideros peligros.

* * *

Por incurias de la Plaza
no podían entrar niños,
y entraban por las ventanas
colgados ó suspendidos.
Y aquellos niños que entraron
¡qué cosas tienen los niños!
suspendidos de una faja
para no ser detenidos,
sin saber cómo ni cuándo
se *colaron* á un tendido
á presenciar la corrida
por el precio susodicho.
En un par de banderillas
se vió el torero agredido.
Pero un chiquillo, saltando
como saltan los chiquillos,
le cogió un capote á un diestro,
tapó al que estaba tendido
y cuando los *monos sabios*
estaban medio aturdidos,
dándole un beso en la frente;

dijo grave:—¡Padre mío,
 no soy yo quien te ha salvado,
 sino que cuando has salido,
 hemos rezado á una Virgen,
 que es la de los Aflijidos!
 Y aplaudían en las gradas
 y también en los tendidos,
 pues mucho más que á los hombres
 se les aplaude á los chicos.
 ¡Como á todos, sólo Dios
 marca al torero el destino!

A UN YANKEE

Recibí su carta.

La leí, mejor dicho, la traduje, ante un torero, muy mi amigo, que no *chamuya* su áspera lengua.

Y, créalo usted: nos reimos los dos.

¿Quién no se ríe de aquel que ofende á lo que aquí es *patriótico*?...

*
**

Y, por encargo de ese amigo torero, le acuso la respuesta.

Díceme mi amigo que usted le vió torear en México.

¡ Supongo que lo vería usted con un monóculo,

En esos felices Estados, se vé sólo con un ojo.

Si se trata de España.

*
* *

Es ya muy viejo, es muy anticuado que hablemos de lo que usted llama nuestras «costumbres nacionales.»

¡Si hoy se torea en todas partes!

En Francia, con la multa consabida, se torea.

Hasta en París hay una plaza, en la calle de Pergolesse.

Nuestros toreros van á todas las repúblicas latinas.

¡No hablan en inglés!

*
* *

Las comparaciones son odiosas.

Entre el *boxear* de ustedes y el *lidiar* de nosotros, hay una inmensa diferencia.

Aquí, el arte de buscar la superioridad del hombre sobre el bruto.

Allí, lo que no es arte, como no sea arte criminal; la de buscar la superioridad del bruto sobre el bruto.

*
* *

Créalo usted: ó acaba el valor donde principia la barbarie, ó principia la barbarie donde acaba el valor.

Y barbarie, y hasta valor, puede ser *boxear* y romperse fraternalmente los hocicos, como buenos protestantes; pero valor es, con una muleta y con un simple capotillo, dar muerte á un animal que no se aclimata en esas tierras.

*
* *

Yo no he comprendido el *valor* de comprarse esas *anilladas*, que dan la fuerza que no tienen.

Compare usted á aquellos que en su patria *boxean*, hábilmente preparados, desde el estómago hasta la mano, con uno de los *nuestros*, que son *diestros*, y que, sin preparación alguna, se lanzan al *ruedo*, como en México los vió usted, y su decisión no puede ser dudosa.

Agilidad, habilidad, destreza; los toreros, en los mayores peligros, tienen para arrostrar un *quite*, y entienda usted que un *quite* es *quitar* á otro de la muerte, lo que nunca hacen los que *boxean*. ¡De pronto hacen un *quite* los que se quitan las muelas, y á veces las mejillas!

*
* *

Hay, por tanto, que hacerle un *quite* á usted.

Donde usted vió ese torero, se han visto muchos otros.

Y ¡mire usted!

Algunos han hecho furor, y los de los Estados de abajo han aplaudido.

Muy cerca del cerro de las Campanas, donde murió un emperador.

A los tres ó cuatro días, hubo toros.

La inmensa mayoría la formaban los de su nación.

* * *

He leído, hace un momento, los diferentes puntos donde se han celebrado las corridas en América.

Y deduzco que nuestra «fiesta nacional» se aclimata en todas partes.

Porque ustedes no dan corridas, al menos en buena lid.

Las dan... ¡en Cuba!



LAGARTIJO



Molina, no sé quién dijo,
y no soy adulator,
que era el primer lidiador
de todos, hoy, *Lagartijo*.

Yo conozco á los toreros
y te conocí en la lid
cuando viniste á Madrid
con aquellos *Panaderos*.

Y tú, que á tu Arte abonas,
has venido á demostrar
que sabías eclipsar
á los hermanos Carmonas.

Con tu muleta en la mano,
aunque á un revistero choque,
y manejando el estoque,
fuiste más que Cayetano.

En banderillas no habrá

nunca quien pueda igualarte,
ni en elegancia, ni en arte,
ni en circunstancias, ni en *ná*.

Tus muchos triunfos celebro
hoy, que ya te has retirado...
Nunca, nadie te ha ganado
á saber dar un buen quiebro.

Y en ocasiones amargas
áun para buenos piqueros,
tú has sido de los primeros
en saber dar buenas *largas*.

Por eso no sé quien dijo
hablando de los toreros:
siempre fué de los primeros
en salvarlos, *Lagartijo*.

Y hasta en la gente zahina
que puedan quererte mal
has de ser siempre inmortal.
¡Viva Rafael Molina!

A UN RETIRADO

Pues señor, es un señor
que nos podría salvar
quien es preciso llamar
el señor D. Salvador.

El nunca tuvo ilusiones
de lo que había de hacer,
y el caso es que se ha ido á ser
un hombre en Torrelodones.

Convertido en un tendero
¡singular transformación!
se halla junto á la estación
aquel que fué un gran torero.

Creo que irá á los infiernos
el que á esto se dedica,
sabiendo cómo se pica
y se libra de los cuernos.

Porque en la gente que es neta

y que sabe bien su oficio,
es un grande sacrificio
el cortarse la coleta.

Dios, que le dió tales dones,
le tiene que bendecir
solamente por vivir
en ese Torrelodones.

El, quizá, no sabrá leyes,
ni sabrá cosas de esas;
pero ha tratado á princesas
como ha tratado á los reyes.

Para que al verso me ajuste,
él hizo su retirada
como en su desesperada
lo hizo Carlos V á Yuste.

¡Cuántas veces pensará
viendo los que son ya *moros*,
que mataría él mil toros,
y quizá los matará!

Arte ha sobrado y valor
peleando sin perfidia
á quien siempre fué en la lidia
un perfecto Salvador.

Porque en el hispano suelo
de los buenos lidiadores
el mejor de los mejores
lo ha sido siempre FRASCUELO.

EL TORO DEL AGUARDIENTE



No sé cómo se consiente
en rústicas poblaciones
esas necias diversiones
de EL TORO DEL AGUARDIENTE.

No está mal calificado,
ni menos mal entendido;
porque unos ya lo han bebido,
mientras otros lo han tomado.

Pero que al salir el sol
se principie la *corrida*
sin comida y con bebida,
que es siempre la del alcohol,
vamos, que ni en los infiernos
se comete ese desliz
por lanzarse un infeliz
á meterse entre los cuernos.

Mas ya que á esa agreste gente
no se puede refutar,
tendremos que respetar
EL TORO DEL AGUARDIENTE.

*
* *

Y tal vez, sin su bebida,
sin otros nefandos vicios,
tendría buenos auspicios
esa popular corrida

Lo malo es que los muchachos,
como los hombres adultos,
resultan tan solo *bultos*...
pero resultan borrachos.

Y entonces, ¡pobre la gente
que se encuentra en el camino!
que es, si no el toro del vino,
EL TORO DEL AGUARDIENTE.

*
* *

Aunque está en los usos nuestros,
es preciso confesar
que se debe reclamar
la presencia de los *diestros*.

Por bravo que sea un zote,

y aunque tenga inteligencia,
nunca tiene la experiencia
de la «gente de capote.»

Y es preciso protestar,
áun contra la muchedumbre,
de esa bárbara costumbre
de las «gentes de lugar.»

Que de beber se repriman,
que es lo lógico y prudente;
y, al no hacerlo, que supriman
EL TORO DEL AGUARDIENTE.

EL PÚBLICO Y LA PRESIDENCIA



Se puede á la plaza ir
sólo por ejercitar
el derecho de aplaudir
y el derecho de silbar.

Aun cuando raye en tirano,
en la silba ó la ovación,
en la popular función
«sólo el pueblo es soberano.»

Y si las suertes no mide
como buen inteligente,
¡desgraciado el que preside!
¡desgraciado Presidentel

Verá los toros de balde;
pero en la Plaza un pobrete
le hace *pagar* el billete

silbando á todo un Alcalde.

Si no razonamos mal,
el público inteligente
silba porque el Presidente,
ante todo, es concejal.

La Autoridad, en verdad
pronto allí se reemplaza,
porque el público en la Plaza
impone su autoridad.

Para presidir los toros
es preciso *sans façon*
tan solo por la razón
de no escuchar ciertos *coros...*

Allí todos son iguales;
mas allí y en muchos lados,
casi siempre son silbados
los señores concejales.



EPÍLOGO QUE PARECE UN PRÓLOGO

Es preciso confesar dos cosas en el epílogo de este tomo I: una, que los verdaderos fundadores de la moderna lidia, han hecho titánicos esfuerzos, no sólo para sostener, sino para hacer progresar el Arte; otra, que los precios exigüos á que se les pagaba, harían tener repulsión á los modernos, si no supiéramos, como hemos dicho, sus progresos.

Hemos conocido la Plaza antigua, y á muchos de los antiguos lidiadores. Temporadas completas hemos asistido á aquellas corridas que dirigían los toreros de primera nota. Y no sabemos si recordarlas con aflicción por la decadencia del Arte, ó con alegría por su prosecución: un primer espada ganaba de cuatro á seis mil reales; un tendido de sombra, costaba ocho;

hoy, en cambio, un espada, de los «de nota», cuesta ocho mil pesetas: un modesto asiento de tendido, tres, ó tres cincuenta.

¿Es que el Arte ha progresado para conseguir tan altos precios?...

¿Es que los diestros son superiores á aquel Montes, á aquel Chiclanero, á aquel Cúchares, á aquel Cayetano, á tantos de impercedera memoria en la historia del toreo?...

No lo sabremos definir.

Pero es el caso que hoy de un mal novillero se hace un buen matador. Bastan unos cuantos amigos que constituyen la *claque* taurina; basta algún revistero benévolo ó un empresario avaro, que le juzga con excesiva benevolencia, para formar en la tauromaquia una reputación; y, sabido es, formada una reputación, formada una fortuna.

Y es preciso que esto no sea así.

El torero, para conquistar lo que aquellos que no hemos conocido, necesita: lo primero, valor; lo segundo, Arte; lo tercero, no fiarse en revistas mercenarias, ni en empresas venales; porque ¡es tan frecuente que los revisteros dejen de escribir, y que los empresarios quiebren!...

¡Hay tantas reputaciones ficticias!

¡Hay tanta fama mal adquirida!

¡Hay tanto revistero, no diremos venal, porque es mayor valentía manejar la pluma que el estoque, pero sí *indulgente* en alto grado!...

Y es imposible continuar así.

*
**

Y tan es preciso, que esas reputaciones ficticias que se fundan, dejan de serlo ya.

Periódicos, que con listines publican revistas momentáneas, pueden influir en los que no saben que las revistas se hacen de otro modo.

Todo el que piensa discretamente sábese de sobra que en esas revistas influye, según el antiguo adagio.

La gracia de Dios,
y la casa muy rica de Quirós...

Nosotros no pensamos así.

Esas reputaciones ficticias, esos éxitos mal adquiridos, eso de constituirse matador quien ni siquiera puede ser puntillero, encontrará en nuestra pluma una verdadera espada y en nuestro papel una muleta que le trastee con arreglo á Arte.

Cerramos nuestro Epílogo, donde debiéramos cerrar el prólogo.

¡Hay muchas estatuas de sal que se disuelven!

Algunas se disolverán en nuestras manos.

Hay otras que parecen de pequeña piedra, y saben convertirse luego en mármol.

La segunda parte de nuestra obra, lo dirá.

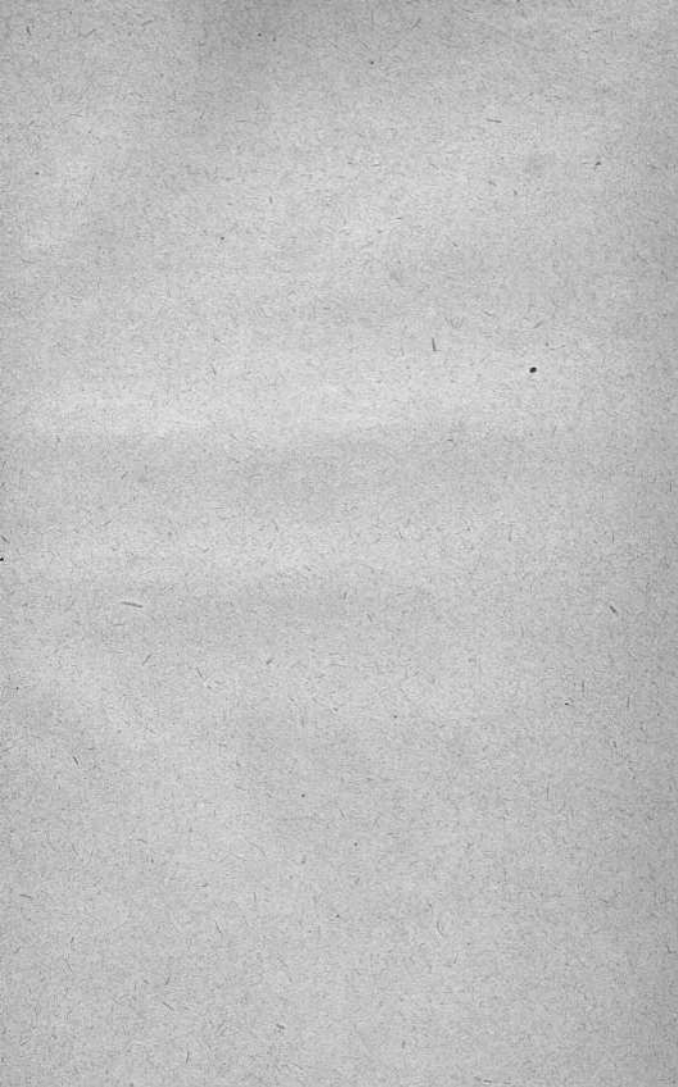
Agua para que se disuelvan los que son de sal.

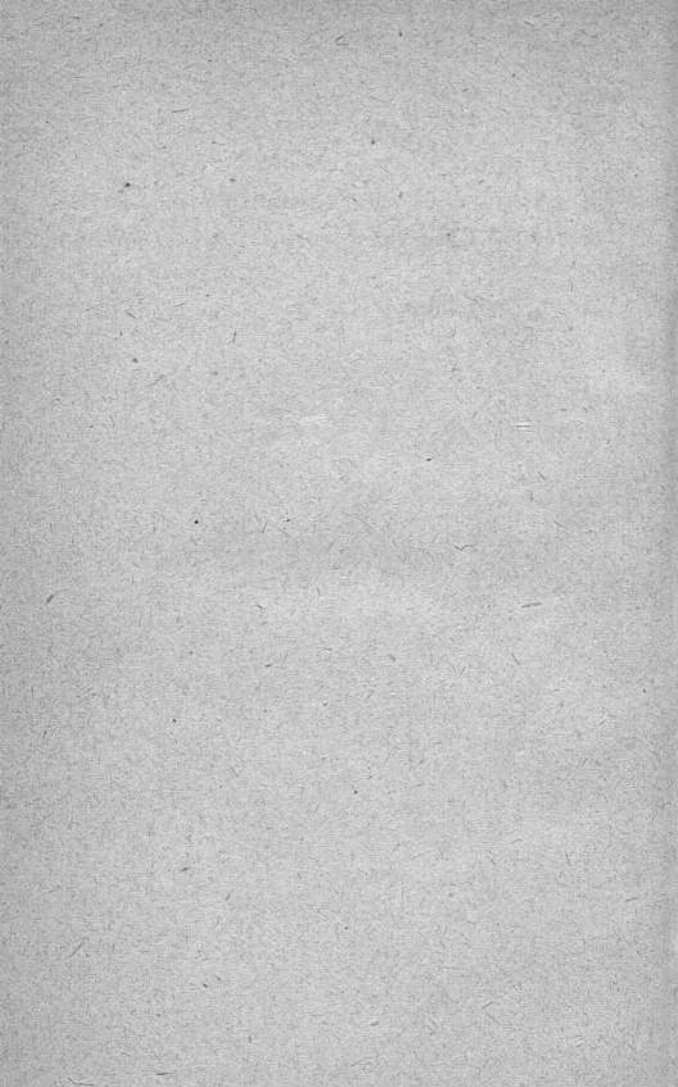
Piedra para el pedestal de los que sean mármol.

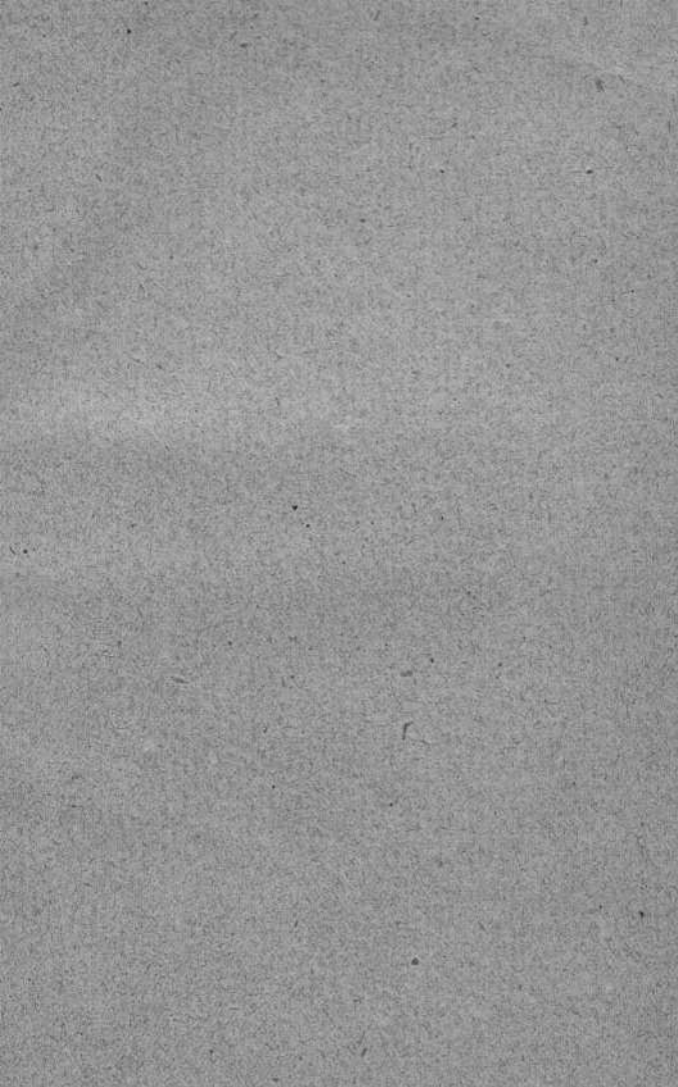
FIN

Esta obra se hallará de venta en las principales librerías de Madrid, y su precio será **UNA** peseta en toda España.

En el extranjero y Ultramar, **1,50 pts.**









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número.	393	Precio de la obra	Pesetas
Estante .	✓	Precio de adquisición	
Tabla...	8	Valoración actual.	
Número de tomos.				

3

